

CRÓNICA FAJA DE LAS FLORES

Tanto tiempo imaginándola, buscándola, esquivándola. Admirando en la distancia, desde abajo, su inabarcable e inapelable poderío allá arriba, la majestuosidad de sus alturas. ¿Podré algún día llegar hasta ella?

Pues sí, queridos amigos del Club. ¡Lo conseguí!

Me resulta complicado redactar esta crónica, por distintos motivos. Uno, ¿Qué decir de la Faja de las Flores que no se haya dicho ya? Otro, desde un punto de vista estrictamente personal, he superado un reto que tenía en mente desde hace años y sólo desde que ando con vosotros empecé a pensar seriamente que quizá lo conseguiría.

Efectivamente, el pasado sábado 26 de junio el Club tenía programada la excursión a la mítica Faja de las Flores, destino clásico e imprescindible. Y allá que nos fuimos. Unos, los más, para repetir la irreplicable experiencia de recorrer otra vez la Faja y volver a hacerlo irreplicable. Otros, ansiosos, nerviosos y, porqué no decirlo, acoquinados, pero decididos a afrontar nuestros miedos.

Para ello nos citamos doce amigos para enfrentar la excursión. Allá estábamos Jesús el formidable, María Jesús, Iñaki (nuevo en la plaza, creo, que no en la montaña), María Emilia, Víctor, Alberto, Eva, Ángel, su hijo Pablo, entrañable, cariñoso, educado, cordial y simpatiquísimo Pablo y un servidor. Si, he dicho doce. Hay que sumar a Domingo, que guerreó por su cuenta en preparación de su vuelta al Aneto y Belén, que se dio un paseo por Ordesa.

Muchos de vosotros ya conocéis la Faja, sus accesos, travesía y descenso. No obstante y con permiso del redactor del *ven* y *verás* añadiré algún dato adicional.

La vía e itinerario elegido por la organización fue el ataque por el circo de Cotatuero, recorrido de la Faja y descenso por la Carriata y de ahí, de nuevo, a la pradera.

La (entre otras muchas virtudes que adornan su persona) didáctica María Jesús nos explicó que el término Faja hace referencia a una cornisa transitable en una pared vertical. Pero la Faja no es sólo eso. Es mucho más. Es un itinerario suspendido a una altura aproximada de 2.400 metros que recorre el macizo del Gallinero, uniendo los circos de Cotatuero y Salarons. Y para llegar hasta ella hay que superar las clavijas de Cotatuero y para marchar las de la Carriata (o al revés). A cambio, nos ofrece unas majestuosas, únicas, vistas de Ordesa, suspendidos a más de 1.000 de altura sobre la pradera. Casi nada.

Emprendimos la ruta por la pradera y el bosque, a la izquierda. De ahí, siempre en ascenso, llegamos al puente donde, si se atraviesa, podemos dirigirnos (más bien se inicia allí) a la Faja Canarellos. Como reflejan los reportajes fotográficos allí nos entretuvimos un rato haciendo fotos y contemplando el esplendor del agua precipitándose en cascada desde las alturas.

Siempre ascendiendo nos dimos de bruces con el farallón del circo de Cotatuero. Y, para atacarlo, había que superar las míticas clavijas de Cotatuero.

Añado que el herrero de Torla que las instaló en 1.881 se llamaba Bartolomé Lafuente, ayudado por Miguel Bringola, el cazador inglés que las encargó se llamaba Edward Buxton. El coste ascendió a 250 pesetas de la época. Las terminó el hijo del herrero, porque el padre falleció allí mismo, en un accidente.

Retomo la crónica. Los compañeros expertos nos revisaron la equipación de arnés, mosquetones y disipador, para que todos fuéramos seguros. Inició el tramo María Jesús, mostrando los pasos e itinerario a seguir. Después fuimos pasando el resto. Yo especialmente protegido, animado y auxiliado por todos. Pon el pie ahí, sujétate allá, etc. Tan bien guiado iba que cuando me quise dar cuenta casi había terminado. Fue todo estupendo, seguro y divertido. ¡Da gusto ver las fotos! Afortunadamente, ningún contratiempo.

De ahí, superadas las clavijas, en corta trepada ascendimos a un llano grandioso, maravilloso. A nuestra vista apareció un espectacular valle colgado y escalonado en diversas cascadas que se precipitan, imparables, al abismo. Tiempo y lugar de avituallamiento para sofocar el subidón del paso de las clavijas y reponer fuerzas, que las necesitábamos.

Descansados, fuimos en busca de la Faja. Ascendimos pausada y sostenidamente por una ladera herbosa y empinada, y, después, por un tramo de roca kárstica, hasta llegar a un gigantesco escenario enmarcado, de este a oeste, por, nada más y nada menos, señoras y señores, los Gabietos, Taillón, Dedo, Falsa Brecha, Brecha de Rolando, Casco, Marboré con su Cilindro, Monte Perdido presidiendo (con la escupidera toda nevada), y pico Añisclo. Al sur, el valle de Ordesa, 1.000 metros hacia abajo. Fantásticas las fotos.

Desde ahí empezamos el recorrido de la Faja , que, a lo largo de sus aproximadamente tres kilómetros, nos fue mostrando, a nuestros pies, la magnificencia de Ordesa, un grandioso espectáculo visual, un regalo de la naturaleza para quien hasta allí llega.

Transitada la Faja , empezamos el descenso, por la Carriata. Llegamos al punto donde la senda se bifurca, bien hacia las clavijas, bien hacia la Fajeta. Se optó por las clavijas, que son tres tramos. ¡Buf, qué miedo! Otro reto. ¡Nada, tranquilo,

hombre, que es muy fácil! Al igual que en Cotatuero, todos me auxiliaron, guiaron y animaron y las superé sin problemas. Con respeto, con miedo, pero seguro. Una gozada.

Y Pablo tan tranquilo, no se inmutó ni en Cotatuero ni en la Carriata. Sólo se enfadó con su padre, como debe ser, porque, decía, se equivocaba siempre. De hecho, tuvo que hacer unos cuantos metros extra.

Pasadas las clavijas, descenso vertiginoso hasta el bosque y la pradera, con mucho calor en ese tramo.

Ya en la pradera pasamos en tropel a la zona de hidratación, donde nos repusimos como es debido.

De ahí al autobús. Torla, coche y Yebra de Basa, en cuyo Mesón de Valero nos regalamos con los excelentes huevos que allí nos prepararon. Aunque esta vez Valero estaba un poco aturdido, como pasmado, quizá por la hora y la acumulación de faena. Pero bien, bien.

El capítulo de agradecimientos es doble. A todos por la ayuda prestada, por su ánimo, apoyo y auxilio para superar todas las clavijas que superé, que te pones a contar y son unas cuantas. A María Jesús, Alberto y Jesús Miñana por sus espléndidas fotos, que nos permiten tener un recuerdo imborrable. No he visto todavía las grabaciones que hizo Víctor con ese artilugio que llevaba en el casco, a modo de otorrinonaringólogo, cuya denominación no pude retener. Seguro que serán una delicia.

En fin, jornada espectacular e inolvidable.

¡Feliz verano a todos!

José M^a Rodríguez Vela

Junio de 2015